

REFLEXIONES CRISTIANAS SOBRE EL DOGMA DEL PECADO ORIGINAL

Jorge Mejía

La "reflexión" sobre el pecado original comienza propiamente con San Pablo. El Génesis se conforma con relatar el hecho del primer pecado de manera "directa" (1). Se puede concluir de lo que dice que el mal del mundo comenzó por allí y que al principio de nuestra historia hay que poner un formidable cataclismo. Se puede concluir también que el hombre atrajo sobre sí, por su culpa, las miserias que le toca padecer. O sea, en otras palabras, que los tres primeros capítulos del Génesis refieren, con la escenografía y esquematización que se crea oportuno admitir, los orígenes de las tres grandes realidades humanas: el cosmos, el hombre mismo y su mujer, y el mal.

Pero no se dice allí que la triste herencia comprendiera, por sobretasa, un *pecado*. Nuestros patriarcas del Viejo Testamento se hubieran manifestado muy sorprendidos si alguien les hubiera dicho que llevaban un pecado encima, por el solo hecho de nacer de Adán —descendencia de la cual tenían, por lo demás, suficiente conciencia, como lo prueban las tablas genealógicas que conducen, bien o mal, desde nuestro primer padre hasta Abraham. La Teología medieval y posterior ha especulado con decreciente sobriedad sobre el papel que jugaba entonces la circuncisión como "remedio" del pecado original, predecesor de nuestro bautismo. E incluso se ha dedicado a conjeturar qué otro "remedio" habría para el tiempo que precedió a Abraham, como si éste hubiera "inventado" la circuncisión y como si, después de él, su uso hubiera sido constante en Israel.

En realidad, la circuncisión no tiene la más remota relación con el pecado transmitido por herencia; y su pretendido carácter de remedio está muy cerca de contradecir, si se insiste demasiado, la enseñanza de

(1) Esta palabra significa aquí que en el cap. 3 del Génesis se consigna tan sólo el *hecho* histórico del primer pecado, sin que figuren allí comentarios o deducciones lógicas sobre su significado y consecuencias, lo cual es propio de la manera "refleja".

San Pablo, en la ep. ad Romanos, cap. cuarto, cuando prueba que la justicia (δικαιοσύνη) de Abraham es fruto de su πίστις y no de sus obras, precisamente porque fué justo *antes* de ser circuncidado. Y las verdaderas razones históricas del uso de la circuncisión son, desde luego, muy otras.

La tradición sobre el pecado de origen permanece así, al estado “directo”, por larguísimos siglos. Es curioso constatar que antes aparece en Israel una teoría completa y coherente del Mesías (y de su Madre Santísima) que una reflexión explícita sobre la tradición de la caída. Primero convenía hacer, por mucho tiempo —el que los hombres necesitan para aprender cualquier cosa— la experiencia amarga de la miseria, de la muerte, del pecado llevado hasta el último grado del énfasis: la ruindad. “Omnes eim peccaverunt et egent gloria Dei”. El pequeño libro del Eclesiasta parece indicar el límite extremo de sinsabor y vacío de cuanto existe a que puede conducir esta experiencia: todo es nada, vanidad, viento, menos servir a Dios. Y el Eclesiastés es un libro tardío. En cuanto al Salmo Miserere, expresa a su manera la conciencia que un hombre pecador y arrepentido tiene de su propio pecado —tan viva, que lo proyecta en su generación y en su madre; pero no dice, ni muchísimo menos, por más que la versión latina nos engañe con el parecido de la fórmula (“porque fuí concebido en iniquidades”), que ese pecado lo recibiera por herencia. Ni siquiera el hermoso libro griego de la Sabiduría, cuando, para explicar quizá el hecho de la muerte, resume a grandes rasgos la historia del origen, dice mucho más de lo que allí se cuenta:

Dios creó al hombre para la incorruptibilidad
y lo hizo imagen de su propia eternidad;
por envidia del diablo entró la muerte al mundo:
lo probarán los que son de su facción.

(Sap. 2, 23-24).

En este texto, sin embargo, la muerte aludida no es tan sólo la muerte corporal. El autor piensa evidentemente en ella; pero piensa al mismo tiempo en otra muerte reservada a los que siguen al autor de la primera, es decir, a los malos. Piensa en una muerte espiritual. Y esta manera de ver, que relaciona la muerte del pecado a la muerte impuesta en el Edén, es un progreso en la reflexión sobre nuestros orígenes, un eslabón más en la cadena que concluirá de remachar San Pablo.

Otro eslabón nos brinda la literatura judía extrabíblica. Para no ser inspirada ni canónica, no deja de iluminarnos mucho sobre otros aspectos de esa reflexión siempre más presente y más explícita. Tomemos el libro IV de Esdras que ocupa un lugar de honor en nuestras biblias latinas, donde fué incluido, junto a la colección inspirada, para

que no pereciera del todo. Escrito aparentemente al final del 1^{er}. siglo vió la ruina de Jerusalem, y pudo así probar hasta las heces el gusto amargo de la universal inestabilidad. La lección fué muy dura; y ajeno a la luz cristiana, el autor se vuelve contra Adán para pedirle cuenta del desastre que atrajo sobre el mundo: *melius erat non dare terram Adam, vel cum iam dedisset, coercere cum ut non peccaret. Quid enim prodest omnibus, in praesenti vivere in tristitia et mortuos sperare punitionem? O tu quid fecisti Adam! Si enim tu peccasti, non est factum solius tuus casus, sed et nostrum qui ex te advenimus* (7, 115-119). "Mejor era no producir la tierra Adán, o, cuando ya lo había producido, sujetarlo para que no pecara. Pues ¿qué aprovecha a todos, vivir presentemente en la miseria, esperar después de muertos, el castigo? O tú, ¿qué hiciste Adán? porque si pecaste, no has sido causa de tu sola ruina, sino de la nuestra, que venimos de ti". El desengaño es absoluto; careciendo de verdadera esperanza (aunque el libro predice una restauración final), el autor descarga su disgusto sobre el primer hombre: Si Adán no hubiera sido. ¡Ingenua veleidad! Si Adán no hubiera sido, hubiera sido otro, a quien un Esdras malhumorado diría como al primero: tu desastre (*casus*) no es solamente tuyo, sino de nosotros todos. Y por la culpa de quién? por la de cada cual, sin duda. Otro apócrifo de la misma época post-cristiana, el Apocalipsis siríaco de Baruch es muy explícito sobre este punto de la responsabilidad personal: *nos vero unusquisque fuit animae suae Adam* (54, 49); cada uno de nosotros es Adán para su alma.

Pero esto es ya demasiado claro. La reflexión comienza a tomar caminos desviados. Es fácil, cuando se trata de un misterio tan oscuro como el pecado original. Esdras se excusa, acusando a Adán. Baruch ignora a Adán y responde por sí mismo. Se podría decir que ambos reflexionaron demasiado. Se encuentran hoy católicos que, por la misma ignorancia del mensaje cristiano, adoptan respecto del misterio una u otra de estas posiciones extremas, simples.

San Pablo tiene aquí la última palabra. Apóstol y vocero de la Revelación de Jesucristo, tenía los elementos necesarios para entablar, cuando expone su concepción del Evangelio, una reflexión definitiva. Lo hizo en la epístola ad Romanos, en la segunda parte del capítulo quinto. Como otras veces en sus obras, su poderoso espíritu concibe y presenta las realidades que recibía de la tradición judaica, como fuerzas de valor cósmico: el pecado, la muerte, luego la Ley, el Hombre. Son los personajes del drama que sucede en el gran teatro del Mundo. Cada uno tiene su entrada, su papel para decir, y su salida. La trama, a través de una serie de actos gigantescos, lleva derecho al desenlace, que está presente, sin embargo, desde la primera escena. El desenlace es Cristo, su persona y su misión, clave de bóveda que falta en la ade-

lantada reflexión de los apócrifos, pero que está presente como el romper del alba, en el relato directo de la primera caída. El centro, en efecto, de esta pericopa, es Cristo, y no Adán, como a menudo se piensa. Ni fué escrita para explicar el origen del pecado, sino la manera cómo Cristo lo vence. No sólo el pecado en cada uno, sino en todos, el Pecado con mayúscula, que entra en el mundo por un hombre, acompañado por su inseparable seguidora, la Muerte. Y entra en el mundo de tal modo, que todas las épocas son igualmente invadidas, antes de la Luz y después de la Luz. La muerte, señores, indisturbada desde Adán hasta Moisés, incluso en aquellos que no transgredieron como aquél, y como los que vendrán después de éste, un precepto formal bajo pena de muerte. Es decir que, si todos pecaron: "omnes nos quasi oves erravimus", si cada una de las grandes figuras de la Biblia tiene su cuenta que rendir, —Orígenes (cf. Comentario en S. Juan 8, 51), las hace desfilar por aquí una a una—, no es ello solamente por la libre decisión de cada cual, sino porque Adán abrió la puerta al pecado y le hizo un lugar en la historia de un mundo del cual hasta entonces estaba ausente. ¿Acusar a Adán? ¿para qué? si, al fin, él era el símbolo de lo futuro, y su propia temible situación de cabeza del reino de los hombres, era la profecía y el esbozo de la relación de éstos con Cristo. En el pecado suele estar el castigo; en este caso está también la esperanza. Y si un hombre, por todos, atrajo sobre todos la inmensa desgracia que sabemos, queda que cada cual se ocupó con diligencia de negociar el capital que le tocó por herencia y recoger copiosos intereses, como para no poder después decentemente reclamar contra el infeliz legatario. Este abrió la puerta a la muerte, pero nosotros le barrimos el camino. Todo lo cual sucede para Dios, a fin de que la gracia desborde donde la iniquidad corrió a ríos, y la obediencia de uno rescate soberanamente la desobediencia de todos.

De este texto, sobre todo, ha tomado la Iglesia su venerable dogma del pecado original, verdadero y propio pecado, aunque no idéntico al pecado consciente y personal de cada uno, que se transmite por el solo hecho de nacer de Adán (salvo especial privilegio), y que priva irremediablemente al hombre de su eterno destino, si no es borrado por el Santo Bautismo.

Esta doctrina ha conocido alternativas en la historia de los Dogmas. Difícil como es, se presta más que muchas otras a una especie de simplificación que tiende a confundir el pecado mismo con sus deplorables efectos, con la concupiscencia, ante todo, o a volatilizarlo en una especie de mito prehistórico sin relación con nuestra vida presente. Sin embargo, es un hecho constante que la *realidad* del pecado original ocupa un lugar primario en la "economía" divina que es la base del mensaje cristiano y que la Iglesia traduce en su vida cotidiana por la obligación de bautizar cuanto antes a los recién nacidos.

Es preciso, asimismo, no olvidar, para comprender la doctrina de la Iglesia en función de sus fuentes tradicionales, es decir, en su verdadero sentido, que el pecado original no está destinado a ser una clave universal de cuanto mal sucede en la vida privada y en la historia. Ciertos doctores han insistido más de la cuenta en este aspecto "explicativo" del pecado de origen, no tanto en virtud del mal mismo, cuanto por probar sensiblemente la existencia y transmisión de ese pecado. Esta consideración servirá para alejar la objeción de injusticia que se puede plantear tan fácil y tan cómodamente a propósito del pecado de origen. Es verdad que el mal entró en el mundo por la libre desobediencia de Adán, pero es también verdad que la libre desobediencia no sucedió sino para dar lugar a la obediencia de Cristo: a su pasión y muerte, y a su resurrección en unión con nosotros. Y esto es primero en la intención de Dios.